

## La Pira

### Manuel Rodríguez Macià

Ex Alcalde de Elche.

Carlos Díaz me pide una breve reseña del libro que Ernesto Balducci escribió sobre La Pira, el mítico alcalde de Florencia durante la década de los cincuenta y parte de los sesenta del pasado siglo, lo que ha supuesto para mí abrir el cofre en el que guardo los más íntimos recuerdos. La figura de La Pira nos era familiar en las discusiones que manteníamos en los círculos de formación de los movimientos católicos juveniles. La colaboración que él preconizaba con los movimientos de la izquierda política y, concretamente, con el Partido Comunista de Italia, era la nota más destacada en aquellos círculos. También, de vez en cuando, en la prensa oficial —toda lo era en aquellos momentos— aparecía algún que otro comentario descalificatorio para el Alcalde de Florencia. A mí, de aquel personaje tan singular, se me quedó grabado en el recuerdo una fotografía en una revista de actividad misionera, en la que aparecía La Pira junto con Sedar Senghor, intentando establecer el diálogo con los pueblos de África en el momento esperanzador de su independencia. De Florencia al Oriente Medio, teniendo como punto de referencia sobre todo la ciudad de Jerusalén, que él veía como el punto de encuentro de los hijos de Abraham; la vocación universal de Jerusalén, que se extendía a los nuevos pueblos de África y de Asia y a la savia nueva de la América Latina; la mirada hacia los pueblos del Este de Europa; para volver a recalar en su ciudad de Florencia, en los barrios obreros de la misma, en la preocupación de aquellos que en su ciudad se encontraban sin trabajo.

El proyecto de La Pira se nos presenta lleno de sugerencias en nuestro tiempo. No importa que el final de sus

mandatos en la alcaldía de Florencia fuese el desalojo de la misma, en cuyo contubernio participó de modo especial su propio partido. Tampoco ese final nos puede ser extraño en nuestros tiempos.

La política vivida como vocación suele acabar de ese modo, los oportunistas siempre juegan con ventaja; para ellos, claro. Ya advertía su paisano Maquiavelo de que las bajas pasiones apuntalan al poder más que los instintos nobles.

La Pira construye su visión política desde la ciudad. El amor por la ciudad es el principio de la vocación política: su ciudad de Florencia, que para él se convierte en la ciudad ideal, una ciudad que él quiere armoniosa, siguiendo la utopía de Péguy y siguiendo también el desarrollo de su vocación histórica, que él ve reflejada en la armonía arquitectónica de la cúpula de Santa María di Fiore. Una ciudad en la que, si por alguien se tiene que sentir preferencia, es por aquellos que son más pobres. La presencia de las bolsas de marginación social es el mayor atentado contra la armonía de la ciudad; sin duda, le acusarían de comunista, cuando para él aquello era llevar a cabo la utopía del Evangelio.

La ciudad de Florencia es la que para él se convierte en un punto de referencia universal: toda política de la ciudad contiene el germen de la universalidad. Y es que la ciudad es la estructura política más firme y con mayor vocación de permanencia, la entidad política más cercana al ciudadano, el espacio de encuentro entre los hombres; y es, a su vez, la realidad más universal. Las ciudades surgieron y se engrandecieron con el intercambio; lo más propio de la ciudad no es precisamente el localismo, sino el cosmopolitismo. Toda una lección enormemente oportuna en nuestro tiempo: el espacio de la ciudad no se define por la frontera sino por su universalidad. Sin duda, la óptica de



ciertos temas de nuestro tiempo, el de la inmigración, por ejemplo, se abordaría de otro modo si se viesen desde la óptica integradora de la ciudad y no desde la frontera propia del estado.

En la historia de la ciudad de Florencia ve La Pira el punto de referencia para la utopía de la paz, aquella Florencia que albergó el sueño de la unión entre los cristianos de Oriente y Occidente. La paz entre cristianos como fermento de la paz en el mundo. La utopía de la paz lanzada desde las ciudades. Si quienes sufren las consecuencias de las guerras son los ciudadanos, si las imágenes más patéticas de las guerras de nuestro tiempo se plasman en las de las ciudades devastadas, ¿por qué no ser éstas quienes tomen la iniciativa de la paz, que es la garantía de su supervivencia? ¿Por qué pensar que la paz es incumbencia de la política de los estados y no de los ciudadanos? ¿Por qué debe pertenecer la paz al ámbito a los estados y no al de las ciudades?

La ciudad como lugar de encuentro, que nos haga vivir un nuevo renacimiento; la ciudad como promotora de la paz: un mensaje tan apropiado, aunque pueda parecer tan radical para nuestro tiempo, en el que a la tolerancia, el diálogo entre los pueblos, se les quiere ahogar con los tambores de guerra. La figura de La Pira vuelve a resurgir como un profeta en nuestro tiempo. Éstas son algunas breves reflexiones que me ha sugerido la lectura del libro de Ernesto Balducci (ACC, Madrid, 2002).